

Fernando Picó

Editor

**Luis Muñoz Marín:
Ensayos del Centenario**



**Fundación Luis Muñoz Marín
1999**



La Fundación Luis Muñoz Marín en su función editorial, estimula la reflexión, el análisis y la crítica relacionada con la obra de la generación de Luis Muñoz Marín, generación que condujo a la modernización de las instituciones y procesos sociales, políticos y económicos del país. La Fundación también fomenta el estudio de las realidades de nuestra sociedad puertorriqueña.

La Fundación Luis Muñoz Marín no se compromete, sin embargo, ni hace suya, ni endosa, las particulares posturas de los autores cuyas obras publica.

Derechos reservados conforme a la ley

© Para esta edición:
Fundación Luis Muñoz Marín, 1999
Ruta Rural #2, Apartado 5
San Juan de Puerto Rico 00926-9719
Tels. (787) 755-7979, 755-4506, 761-7442
Fax: (787) 755-0240

ISBN: 0-9650019-7-0

Diseño de portada: John Rivera
Diagramación: Julio E. Quirós Alcalá

ÍNDICE

Introducción por Fernando Picó	i
La idea independentista de Luis Muñoz Marín (1913-1931) por Luis E. Agrait Betancourt.....	1
Luis Muñoz Marín, la utopía liberal y los consumidores: apuntes para una genealogía de la cultura política en Puerto Rico por Astrid Cubano Iguina.....	15
Las lecciones de la guerra: Luis Muñoz Marín y la Segunda Guerra Mundial, 1943-1946 por Silvia Álvarez Curbelo.....	31
Política y administración pública en el pensamiento de Luis Muñoz Marín por Leonardo Santana Rabell.....	65
"Yo no me voy, yo regreso". Luis Muñoz Marín y el montaje del leviatán por Carlos Gil.....	93
La pugna entre dos grandes sistemas: la guerra en el discurso político de Luis Muñoz Marín hasta Pearl Harbor por Jorge Rodríguez Beruff.....	127
Luis Muñoz Marín y el problema azucarero de Puerto Rico (1930-1940) por María Dolores Luque de Sánchez.....	153
Las mujeres en la discursiva de Luis Muñoz Marín: primeras décadas por Mary Frances Gallart.....	187

"Mogollas, entendidos y malas mañas": la regeneración del partido político en el discurso muñocista, 1938-1948 por Mayra Rosario Urrutia.....	209
La criollización del desarrollismo y la inclusión de lo puertorriqueño en tres discursos inaugurales de Luis Muñoz Marín: 1949, 1953 y 1957 por Rafael L. Cabrera Collazo.....	233
Desde la otra orilla: tres discursos en Estados Unidos, 1955-1959 por Pedro A. Reina Pérez.....	251
Galería de profesores.....	279

Introducción

Fernando Picó

En ocasión del centenario del nacimiento de Luis Muñoz Marín, un grupo de universitarios de distintas disciplinas se reunió en el Archivo de la Fundación Luis Muñoz Marín en Río Piedras para presentar el resultado de sus investigaciones y reflexiones sobre esta figura y su época. El propósito de este encuentro fue abrir a la consideración de los estudiosos aspectos de la realidad social de Puerto Rico de mediados del siglo 20 que hasta el momento escasamente han sido objeto sistemático de la discusión historiográfica. Se buscó un amplio abanico interdisciplinario de perspectivas y una discusión ponderada de los trabajos. Los autores tuvieron la oportunidad de revisarlos a la luz de la discusión entonces abordada.

La necesidad de una aproximación crítica a la figura de Muñoz Marín es patente para cualquier estudioso de las décadas medianas del siglo 20 en Puerto Rico. En las contiendas electorales de esos años, en los cambios profundos en la administración pública, en los procesos de industrialización, modernización, emigración y urbanización, en el desarrollo de instituciones culturales y en la promoción de una *paideia* puertorriqueña es ineludible considerar la gestión de Muñoz Marín. Pero porque estas mismas instituciones y procesos están sujetos a múltiples revisiones e interpretaciones, se hace necesaria una discusión abierta y profunda.

Este libro no pretende reemplazar esas discusiones, sino promoverlas. Precisamente porque el legado político de Muñoz Marín ha sido de tanto peso, ha habido renuencia y resistencia en el sector académico a proseguir algunas de estas líneas de reflexión. Pero el cierre del siglo 20 invita a una interpretación a fondo de lo que han sido los últimos cien años en Puerto Rico, y no hay manera de cumplir ese cometido si no se entra de lleno en la consideración del período donde Muñoz fue la figura hegemónica. Tampoco los procesos a largo plazo, cuyas primeras etapas se pueden situar mucho antes de la gobernación de Muñoz y cuyas ramificaciones todavía estamos

viviendo, no se entienden sin un examen ponderado de esa época crucial. Tomemos como ejemplo las vicisitudes del estado.

En Puerto Rico por la mayor parte de su historia el estado no ha alcanzado a abarcar la totalidad de la tierra puertorriqueña ni ha podido asumir el gobierno de todos los puertorriqueños. La situación de marginalidad de Puerto Rico ante las rutas oficiales de la flota comercial española supuso que los productos del país no tuvieran salida en el tráfico oficial y que el comercio oficial de San Juan no pudiera suplir algunas necesidades básicas. El contrabando con las otras potencias europeas ubicadas en el Caribe oriental vino a ser la alternativa cada vez mas atractiva para darle salida al ganado y a los frutos del país, y a la vez surtir de implementos y géneros a las familias puertorriqueñas.

Pero el contrabando no fue el único renglón en que el estado español en Puerto Rico demostró su incapacidad para gobernar su territorio. En los siglos 16, 17 y 18 la inmigración ilegal, el desarrollo de asentamientos espontáneos, la organización de la vida social, el desconocimiento de los bandos y circulares gubernativas, la acogida a los esclavos fugitivos, a los soldados desertores y a los polizontes y los presidiarios escapados evidenciaron la poca capacidad del estado para afianzar su normativa.

En el siglo 19, después de los reveses sufridos en el continente frente a las revoluciones hispanoamericanas, el estado español trató de desarrollar mecanismos de vigilancia y fiscalización que evitasen la erosión del control del estado sobre la población insular. El gobernador Miguel de la Torre y sus sucesores desplazaron las autoridades municipales criollas con españoles y realistas venezolanos, promovieron el desarrollo de una burocracia española o españolizante, y reprimieron manifestaciones de liberalismo o de activismo. Esos intentos por asegurar la adhesión de la isla a España sólo aceleraron su progresivo alejamiento. Mientras más intentaba el estado gobernar, mas ingeniosas las fuerzas de resistencia se manifestaron. El Grito de Lares fue el más notable de los episodios de resistencia, pero no se entiende plenamente si no se le ve en función de todo un siglo de apatía, encono y resistencia a un mayor esfuerzo gubernativo por controlar.

La corta luna de miel entre las fuerzas invasoras americanas y los pueblos ocupados en 1898 pronto cedió a nuevos esfuerzos gubernamentales, esta vez por el régimen militar norteamericano y

sus sucesores civiles, y renovadas resistencias. Como en Brasil, México y otras partes, el proyecto modernizante del estado se vió como intrusivo, ajeno y amenazante. Desde las disposiciones de higiene pública hasta la imposición del inglés y de la americanización en las escuelas, el estado se manifestó como impositivo y enfrentó las reacciones populares evasivas que consagraban el tedio y la apatía generales ante los esfuerzos de moldear a los puertorriqueños a partir de las prioridades del gobierno.

Ante ese trasfondo histórico, las peregrinaciones de Luis Muñoz Marín por los campos puertorriqueños no sólo reflejan el esfuerzo histórico por validar sus luchas con el voto jíbaro, sino que marcan el intento de deslindar el tiempo histórico en que el estado era un proyecto ajeno al nuevo tiempo, la nueva era, en que los sectores tradicionalmente subordinados de la sociedad se han apropiado del estado.

Es en los discursos de Muñoz donde mejor se conserva el eco de esa periodización entre un antes y un después, y la insistencia de que las elecciones de 1940 marcaban el inicio de una nueva época en la historia política del país, no porque los números electorales apuntasen a una ruptura profunda, sino porque revelaban que había surgido una fuerte conciencia democrática en el país. Muñoz logró proyectar en el imaginario puertorriqueño la noción de que la participación electoral constituía el medio efectivo para arrebatarse el control del estado de los sectores hegemónicos y rendírselo a las masas. Esa proyección conllevó no sólo una interpretación de la historia de las décadas previas, en la que se opacaban las luchas reivindicativas de los socialistas y los afanes modernizantes tanto de liberales como republicanos, sino que propendía a instalar una visión de futuro, en el que el pueblo inalteradamente triunfador permanecía consciente y comprometido con sus mejores intereses.

Es un tributo al ejercicio muñocista del poder que su interpretación de las nuevas relaciones entre los puertorriqueños y el estado tardara tanto tiempo en esfumarse. La ilusión de haber alcanzado a controlar las arbitrariedades del estado mediante el uso efectivo del sufragio permaneció en el pueblo puertorriqueño por mucho tiempo después que la agenda reformista de los años cuarenta se hubiera agotado. No es hasta las décadas de los 1980 y 1990, cuando se hace evidente el paulatino distanciamiento del estado y de las masas que se llega a

cuestionar consistentemente el logro muñocista de haber persuadido a los gobernados a identificarse con sus gobernantes.

Los trabajos de esta colección parten de esa ruptura de credibilidad en el imaginario por tanto tiempo instalado en las mentes del país. En la historia del estado puertorriqueño vivimos una nueva etapa, que quizás no alcancemos a nombrar, pero en que la manera que expresamos cotidianamente nuestra relación con el estado no muestra ingenuidad ni articula esperanza. Mas bien percibimos que la ilusión de idear un estado totalmente responsable y respondiente ha sido siempre una utopía, cuyos límites quizás fueron colindantes con la discursividad de Muñoz, pero cuyas concreciones parecieron muchas veces pasajeras y casi siempre resultaron insuficientes.

La idea independentista de Luis Muñoz Marín (1913-1931)

Luis E. Agrait Betancourt

Después de la palabra "independencia" pronunciaba siempre la palabra "economía". Había oído yo esa palabra en Puerto Rico, "independencia", dicha en tonos dramáticos seguida invariablemente de los conceptos de dignidad, sacrificio, honor. Y hallaba yo ahora algo de novedad y sorpresa en el lenguaje de aquel joven supercivilizado, que acompañaba la temible frase "independencia" con un exacto cálculo de números. Quería él a Puerto Rico de una manera que chocaba cordialmente con mi parco patriotismo.

Ángela Negrón Muñoz (1932)

**** **** ****

Pero José Luis, yo no puedo unirme a tu partido sin saber las bases ideológicas.

Pepito, yo soy más independentista que Dios.
Conversación con José A. Balseiro (1938)

**** **** ****

Bolívar, lo primero que tienes que hacer es meterte a socialista.

Conversación con Bolívar Pagán (1938)

Una propuesta modesta de historia de las ideas

Contrario a sus otros oficios, la historia intelectual o de las ideas parece no tener un banquillo propio en el taller de la historia. Carece de una problemática singular o de un objeto de estudio único; de una técnica, unos instrumentos o una metodología específicamente suyas, o de un coto reservado de atención. En vez, este campo de la historia parece deslizarse a lo largo de un espectro que corre desde la historia

de las ideas (el estudio del pensamiento sistemático, generalmente filosófico) hacia la historia intelectual propiamente (el estudio del pensamiento informal, de los climas generales de opinión y de los movimientos literarios); a la historia social de las ideas (el estudio de las ideologías y de la difusión de las ideas); hasta la historia cultural (el estudio de la cultura en su sentido antropológico, incluyendo concepciones del mundo, *weltanschauung* y *mentalités*).¹ Además no falta quien al haber auscultado sabiamente sus múltiples crisis -comenzando por la de identidad, la invasión de su cuerpo por influencias foráneas y exógenas (mayormente de orígenes franceses), y su pérdida de vitalidad- haya emitido ya un diagnóstico dramático y un pronóstico funesto: "la historia de las ideas tuvo un corto pero glorioso pasado, padece un atribulado presente, y no tiene futuro".²

A pesar de esto, pienso que la historia de las ideas, por lo mismo que se desliza a través de diversos niveles y campos, tiene todavía, antes de su último suspiro y de exhalar su última tesis doctoral, aportaciones que hacer. Pensamos que el estudio de las ideas puede iluminar intersticios oscuros en determinadas coyunturas, ayudando a establecer continuidades evidentes en presuntas rupturas, a la vez que diferencias fundamentales dentro de identidades aparentes.

¿Se puede entender la -para todos los efectos- unánime y favorable acogida de la llegada de Estados Unidos en 1898 por todos los grupos puertorriqueños -que tan alejados y encontrados estaban en tantos aspectos, y tan alejados y encontrados volverían a estar- sin entender la embriagante seducción que sobre todos ejercía la idea de la modernidad, de Estados Unidos como su realización más plena y de *Estados Unidos* mismo como idea? Por eso formulamos recientemente una propuesta modesta: "aprovechar el 98 para intentar una historia intelectual puertorriqueña que, siguiendo a Roger Chartier, supere la división de creaciones de la elite y cultura popular, vea a las creaciones y a las ideas en su dimensión vertical y sincrónica con las otras ideas y obras que le son contemporáneas y, por consiguiente, con el campo social en que son creadas; y, finalmente, que supere la dicotomía o separación radical entre producción y recepción pues las ideas y las obras no tienen una dimensión totalmente independiente de su apropiación por sujetos y grupos. Si se intenta, quizás lleve a un conocimiento más comprensivo del pasado que permita imaginar un futuro cuyo uso sea más útil y

productivo para Puerto Rico".³

En lo relativo concretamente a Luis Muñoz Marín, pensamos que una historia del desarrollo de sus ideas puede ayudar a comprender a un Muñoz que no sea ni el saltimbanqui acomodaticio y entreguista que caricaturizan y demonizan sus detractores, ni el hombre de estado prudente, pragmático e igualmente acomodaticio que exaltan muchos de sus aduladores. A un Muñoz, primero, mucho más humano; de una inteligencia, sin dudas, privilegiada; de una constante "visión entrañable de un porvenir de bien"; que, como el guijarro en el río, su bruto roce con la realidad va deshaciendo asperezas, pero que nunca fue su superficie tan lisa como se percibe y retiene al final su formidable solidez y dureza interna.

En estas notas, muy preliminares, se rastrea el entrelace de tres nociones o conceptos -tres hebras⁵ trenzadas- en el pensamiento de Muñoz Marín desde 1917 hasta 1931.⁵

Primero, lo que en el antiguo sentido español llamaría "patriotismo", apego a la "patria chica", a unas costumbres, modos de vida, formas de hacer y ser particulares.

Segundo, "el problema político", el status, que hasta 1941 se resuelve mediante la independencia.

Tercero, "el problema económico", lo que posteriormente se llamaría la justicia social.

En el período seleccionado el primero, el patriotismo, no determina al segundo, la independencia; más bien la independencia está construida sobre el tercero, la economía.

Un poco de biografía intelectual

Por mucho que se identifique a Luis Muñoz Marín con el campo y con el jíbaro, es una realidad innegable e incuestionable que fue un hombre urbano, de la ciudad. Nació en San Juan -proféticamente en la calle de La Fortaleza- y vivió la mayor parte de su niñez y juventud en Estados Unidos: en Nueva York y en Washington, D.C.⁶ Sus lecturas iniciales le llevan a aferrarse a un socialismo extremo, radical y dogmático. Nemesio Canales menciona que Luis Muñoz Rivera en una ocasión le dijo: "mi hijo mandaría a fusilar a Lenín, por

retrógrado". Es posible que ésto fue un invento de Canales porque Muñoz Rivera murió en 1916 y la Revolución de Octubre no triunfa sino hasta 1917. Así que, por adelantadas que estuvieran las lecturas de los dos Muñoz, es difícil que Muñoz Marín hubiera expresado deseos de disponer del fundador del bolchevismo.

De lo que no hay duda es del radicalismo temprano de Muñoz. Por ejemplo, en 1913, con tan sólo unos quince años cumplidos escribe:

Yo desprecio a las multitudes urbanas por lo brutas que son. Pero cuando esas multitudes son de mi país, un sentido de pena va mezclado a mi desprecio. ...Son las muchedumbres las que han de gobernar nuestro planeta; a eso no hay que darle vueltas. ...Queda, pues, a los encauzadores de la opinión poner los lentes de su intelecto al servicio de las multitudes para que alcancen a ver el desdoblamiento de los nuevos horizontes.⁷

Unos años más tarde, en *Espartaco*, *Órgano de lucha de clases*, aboga por una democracia revolucionaria en la cual el voto estuviese "en manos de las víctimas exclusivamente, hasta que no haya ni víctimas ni victimarios; entonces, en manos de todo el mundo".⁸

Su larga estancia en Estados Unidos en la década de 1920 es fundamental en, por una parte, afianzar su convencimiento de que la cuestión económica subyace a la acción política y, a la vez, en matizar y "desdogmatizar" su pensamiento. En una carta a Epifanio Fernández Vanga, Muñoz hace un relato de cómo iba perdiendo su "invertido prejuicio de clase". Había aceptado y llegado a ver con mayor tolerancia a los seres humanos y a sus posiciones políticas. "La felicidad", escribe, "me parece más digna de ser luchada en sus delicadas y múltiples formas individuales que en su forma de justicia al por mayor".

Convive -más bien forma parte- con el movimiento socialista que John Patrick Diggins llama la *izquierda lírica*. Los miembros de la izquierda lírica o de "la revolución de Greenwich Village", como también le llama Diggins, se sentían motores o promotores de una cultura revolucionaria, de una nueva cultura que buscaba romper el dualismo entre la vida contemplativa y la vida de acción. Muñoz es

un fiel representante de aquella generación que estaba envuelta en la búsqueda simultánea de la belleza, del conocimiento y de la justicia. De ella deriva también la necesidad vital de posponer sus preferencias personales a la acción política: a la política entendida como la búsqueda de la justicia.

Uno de los mejores representantes de esa generación, John Reed, escribió un ensayo al llegar a la venerable edad de los treinta años: "Mi felicidad se basa en el sufrimiento de otros, y saber ésto me conturba, conturba mi espíritu y me lleva a escribir propaganda, cuando preferiría jugar". Ese pensamiento es exactamente el mismo de Muñoz en *Panfleto*:

He roto el arcoiris
Contra mi corazón,
Como se rompe una espada inútil contra una rodilla.
He soplado las nubes de rosa y de sangre
Mas allá de los últimos horizontes.
He ahogado mis sueños
Para saciar los sueños que me duermen en las venas
De los hombres que sudaron y lloraron, y rabiaron
Para sazonar mi café...

Del patriotismo y apego al *pagus*

La estancia de Muñoz fuera de la Isla en nada amainó, por el contrario reforzó, su apego a la patria. "Cuando me trajeron otra vez a Puerto Rico, sentí la isla como un mundo familiar y extraño a la vez. Era un retorno leve pero indeleble a lo vagamente recordado. Pero era un retorno".⁹ Comentando una experiencia en Barranquitas escribe "me dí cuenta aquel día que éramos de allí, de aquella región y me sentí el niño más afortunado del mundo".¹⁰

Ese niño tan afortunado escribirá en 1917 a raíz de aprobarse el Acta Jones, al dar la bienvenida a la ampliación del gobierno propio y a la ciudadanía americana:

Seamos, pues, americanos, ya que así lo decretan las autoridades del Norte: pero seamos americanos portorriqueños, como son los de Kentucky americanos Kentuckienses; como son los de California y Hawaii;

americanos californianos y hawayanos, respectivamente.

Que no olvide nuestro campesino cómo se pulsan las cuerdas de un tiple, ni cómo se rasca un güicharo, ni lo que es una fiesta de reyes, ni lo que es un aguinaldo; que no olviden nuestras mujeres como se baila la danza; que no olviden nuestros poetas cómo se canta al Terruño. Conservemos nuestra personalidad netamente borinqueña. Seamos, ante todo, criollos. **Seamos jíbaros!**¹¹

La puertorriqueñidad es uno de sus temas, pero más que la puertorriqueñidad, lo es la naturalidad de ser lo que se es; tema al que regresaría con insistencia. Sus ensayos, bajo el título *Americanization: Three Cases*, son una burla a quienes buscaban "americanizarse" y sólo terminaban desnaturalizándose.¹²

Si el nacionalismo es "etnicidad politizada", el patriotismo de Muñoz en este momento es una etnicidad no politizada. En una entrevista de 1926, resume ese patriotismo cultural, desprovisto de un contenido político, así:

más falta que el nacionalismo político nos hace el nacionalismo cultural: una literatura que arranque de nuestras raíces; una mayor confianza en la validez de nuestra personalidad psicológica; menos imitación servil de los Estados Unidos.

Arremete contra la "cafetera" -cafetería, suponemos- americana que "es una negación absoluta de nuestro concepto clásico del Café, que es importantísimo en nuestra cultura". "Es un símbolo de soberanía americana más decisivo que la bandera". Y termina:

Por mucho tiempo creí que Puerto Rico no podría americanizarse, que no podría convertirse su personalidad en algo anodino como Arizona o Nuevo México, debido a la densidad de su población. Estaba en un error.

Toda nuestra política, toda nuestra literatura debe oponerse a tan funesta consumación. Porque ser americano es muy bueno; pero disfrazarse de americano no lo es tanto.¹³

Pero no es ese patriotismo o "culturalismo", si se quiere, la raíz de su independentismo. Su idea de la independencia radica en otra dimensión. En 1932 su prima Clara Lair escribe sobre el Muñoz de la década de los años 20:

Desde su retiro de Nueva York, él era partidario de la independencia de Puerto Rico. Aquella palabra: "Independencia", que su mismo padre pronunciara solamente en arranques de angustia y desesperanza patriótica, la pronunciaba él sencillamente, con la más calmada naturalidad. Oyéndolo, llegaba una a sorprenderse de que el estado de independencia para el pueblo de Puerto Rico -como para cualquier otro pueblo, hubiera constituido y siguiera constituyendo un ideal irrealizable, en vez de estado natural. Después de la palabra "independencia" pronunciaba siempre la palabra "economía". Había oído yo en Puerto Rico esa palabra, "independencia", dicha en tono dramático, seguida invariablemente de los conceptos de dignidad, sacrificio, honor. Y hallaba ahora yo algo de novedad y sorpresa en el lenguaje de aquel joven supercivilizado, que acompañaba la temible frase "independencia" con un exacto cálculo de números. Quería él a Puerto Rico de una manera que chocaba cordialmente con mi parco patriotismo.¹⁴

Independencia / economía

En efecto, la idea independentista de Muñoz Marín en la década de 1920 se distanciaba de las ideas independentistas generalizadas en la época. Sus lecturas del socialismo fabiano inglés, su intervención en los movimientos obrero y socialista norteamericanos y su aprecio a "la felicidad... en sus delicadas y múltiples formas individuales", por un lado le confirmaron su convencimiento de la raíz económica de la acción política -tanto política interna como las relaciones con

Estados Unidos; es decir, tanto política partidista como política de *status*- y a la vez lo inocularon contra las formas extremas que tomarían las seductoras teorías que de izquierda y de derecha cuestionaban y terminarían por rechazar a la democracia.

En la misma entrevista transcrita en *Los Quijotes* señala: "nuestra política está pasando de un período sentimental y personal a un período francamente económico. Todos sabemos que en las civilizaciones avanzadas las ideas políticas tienen raíces económicas".¹⁵ Trata de romper y de superar eternas, aunque falsas, disyuntivas en la vida del país.

Se oye otra vez el horrorosamente aburrido y estúpido debate sobre la libertad política y la prosperidad económica. Es el raído manto de la metafísica política que una vez más se arroja con solemnidad tan cómica como tan trágica, sobre las llagas de un pueblo.¹⁶

Además, enfoca la situación desde una óptica dialéctica:

Que la Alianza no es el Gobierno ni la Coalición la oposición. Que el gobierno efectivo lo constituyen otras fuerzas -unas visibles y otras no- que obstaculizan toda labor reivindicadora por parte de la Alianza, y la obstaculizarían si estuviera en manos de la Coalición emprenderla. Que todo Puerto Rico es, en efecto, la oposición lógica. Y que esta unidad lógica la reconocen los partidos en sus programas, en sus resoluciones, en las manifestaciones obviamente similares¹⁷ de sus jefes, en todo menos -hoy- en la práctica.

Mantuvo a lo largo de toda la década el convencimiento de que en efecto era posible unir a los jefes políticos en la práctica. En una serie de editoriales en el *El Nuevo Mundo (The New World)* en 1929, insiste, partiendo siempre desde la base económica, que es posible lograr la unidad; añade un tanto presuntuosamente que "si Barceló e Iglesias se encerraran en un cuarto conmigo, yo me tomaría la libertad de enseñarles cómo".

Pero hablando en lógica, y no en política, Iglesias sabe, y Barceló sabe y todos sabemos que no existe incompatibilidad alguna entre lo político y lo económico. ...Todos sabemos que el despotismo político y el despotismo económico son dos cabezas gemelas de un mismo monstruo. Todos sabemos que el corazón de ese monstruo es la lucha fratricida entre los puertorriqueños.¹⁸

Él, "como el publicista más libre de intereses creados que hoy actúa en la vida política de Puerto Rico", y la colonia puertorriqueña en los Estados Unidos, que está libre de los enconos políticos de la Isla, pueden ofrecer sus buenos oficios.

La independencia: imperativo moral, necesidad económica

Para 1931, se convence de que el "yo tengo que hacer algo por Puerto Rico" que le confesaba a su prima, no lo puede hacer desde Estados Unidos y se decide regresar al país. Hay indicios que permiten especular que sus planes políticos no estaban completamente definidos en su mente en el momento mismo del regreso.¹⁹ Lo que sí es cierto es que a su regreso hace las declaraciones independentistas más firmes, definitivas y emocionales de toda su vida. En una entrevista con Ángela Negrón Muñoz en 1931 dice:

Yo soy nacionalista (aunque no pertenezco al Partido Nacionalista ni a ningún otro...). Votaré por el partido Unionista y por don Pedro Albizu Campos. ...Por el Partido Unionista porque tiene la Independencia clara y terminantemente. ...Desde luego que si el Partido Unionista quita la Independencia de su programa, lo cual es improbable,²⁰ o la desvirtúa, votaré por el Partido Nacionalista.

En adelante, para Muñoz el problema político y el económico serán no uno y el mismo, pero sí dos en uno sólo. En tres editoriales de primera plana al reasumir la dirección de *La Democracia* en 1932 expone lo que debe ser el programa del Partido Liberal "falange de la Independencia de Puerto Rico". Contrario al tono emocional de la entrevista con Ángela Negrón Muñoz, lo que sigue es una

argumentación racional y contundente que arranca desde el punto de partida de que la independencia "es moralmente imperativa" pero que fundamenta predominantemente sobre argumentos económicos para probar que:

primero, "la salvación económica de Puerto Rico depende de la independencia";

segundo, "el reconocimiento de la autoridad soberana es absolutamente necesario no sólo para los trabajadores y la clase media, sino para los más cuantiosos intereses azucareros del país";

tercero, que la independencia además de económicamente necesaria es económicamente factible en términos de sostener un gobierno nacional; y,

cuarto, que la independencia es políticamente obtenible.²¹

A estos puntos regresará reiteradamente Muñoz a lo largo de la década de 1930, para enfatizar los argumentos económicos y soslayar en sus escritos principales los argumentos de sesgo emocional o sentimental. Y, sobre todo, para mostrar los primeros indicios de que, si bien es posible y deseable adelantar tanto en lo económico como en lo político simultáneamente, es posible que resulte más urgente y apremiante adelantar en un plan para atender la cuestión económica y social:

Por encima de todas las cosas está el hecho de que nuestro pueblo se está muriendo de hambre.

La única salvación estriba en ésto: comprensión clara, explícita, científica de nuestro mal -y autoridad para atacarlo y curarlo. No me refiero aquí ni a la Independencia ni a ningún otro status: me refiero a la autoridad que le permitan las camarillas a nuestros hombres de gobierno.

...(Sólo así se puede elaborar un plan) para que esta

riqueza, este trabajo y esta dirección cumplan su única función legítima que es alimentar, vestir,²² albergar, curar y educar a todos los puertorriqueños.

El plan económico que bosquejaba era difícil en sí, y más difícil ponerlo en ejecución en una colonia; pero expresaba que había que ejecutarlo de inmediato poniendo manos a la obra. "Lo contrario sería utilizar la independencia como una buena excusa para no hacer nada. Y la Independencia es un ideal demasiado alto para hacerlo jugar el papel de pretexto y excusa".²³

La implantación de un plan económico será más fácil si se sabe hacia donde se dirige, argumentará más tarde: hacia la estadidad, la autonomía o la independencia. Pero "las mismas medidas de independencia económica que serían buenas para la independencia política serían igualmente buenas para la Autonomía".²⁴ Por consiguiente, advertía sobre un desplazamiento político en sólo dos direcciones: hacia la estadidad o hacia la autonomía e independencia. Y en cuanto a la estadidad, es necesario señalar que se opuso en este tiempo, por considerar, primero, que el Congreso nunca la otorgaría y, segundo "por consideraciones económicas, culturales y espirituales".²⁵

A la altura de 1938 Muñoz Marín se convenció de que el problema económico había tomado unas proporciones dramáticas y apremiantes. Ante la urgencia de atenderlo, tendría que ceder la atención el problema del *status*. Se bifurcaban el problema económico y el político. Habría de atender el segundo a finales de la década de 1940 ... pero para entonces en una nueva ruta hacia viejos objetivos.

Notas

*La idea independentista de Luis Muñoz Marín
(1913-1931)*

1. Robert Darnton, "Intellectual and Cultural History", en Michael Kammen, ed., *The Past Before Us. Contemporary Writing in the United States*, Ithaca, Editorial Cornell University Press, 1980, págs. 327-349.
2. Paul K. Conkin, citado en Darnton, *op.cit.*, pág. 332.
3. "Usos del pasado/ usos del futuro en el Puerto Rico de entresiglos: dos anacronismos y una propuesta modesta", Morelia, México, octubre de 1997. Véase: Roger Chartier, "Intelectual (Historia)", en *Diccionario Akal de las ciencias históricas* -bajo la dirección de André Burgièr-, Madrid, Editorial Akal, 1991, págs. 398-402.
4. La frase es de un prólogo manuscrito a sus *Memorias*, redactado en 1974, en Luis Muñoz Marín, *Memorias, Autobiografía pública*, San Germán, Universidad Interamericana de Puerto Rico, 1992, T. II, p. vii. Para un análisis profundo y perceptivo de en qué consiste el concepto de "visión", véase Thomas Sowell, *A Conflict of Visions, Ideological Origins of Political Struggles*, New York, Editorial William Morrow and Co., 1987.
5. Las fechas no son arbitrarias. Cubren desde su primer artículo político a la edad de 15 años hasta la publicación de tres artículos cuando retomó la dirección de *La Democracia*, en que formula un plan para la independencia fundamentado en un razonamiento económico sólido en el cual comprendía las ideas que había estado esbozando a lo largo de la década anterior. Sus planteamientos económicos y políticos hasta alrededor de 1935 son variaciones o elaboraciones de las ideas contenidas en aquéllos.
6. Para los aspectos biográficos véase Luis Muñoz Marín, *Memorias. Autobiografía pública*, San Juan, Editorial Universidad Interamericana de Puerto Rico, 1982; Luis Muñoz Marín, *La historia del Partido Popular Democrático*, San Juan: Editorial Batey, 1984, y Carmelo Rosario Natal, *La juventud de Luis Muñoz Marín. Vida y pensamiento, 1898-1932*, San Juan, 1976.
7. "Alma criolla" en *Libertad, El único periódico del Distrito de Aguadilla*, 1913.
8. "Analfabetas, mendigos y prostitutas", pág. 3.
9. *Memorias, Autobiografía pública*, San Juan, Editorial de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, 1982, T. I., pág. 5.
10. *Ibid.*, pág. 9.
11. "Nuestra personalidad", *Juan Bobo*, 10 de marzo de 1917. (Énfasis en el original.)
12. En *The American Mercury* (septiembre de 1929).
13. Bernal Díaz del Caney, "Nuevos reportajes, Entrevistas confidenciales, Luis Muñoz Marín", *Los Quijotes*, Año I, num. 25, (19 de junio de 1926), págs. 8-10.
14. "Luis Muñoz Rivera/Luis Muñoz Marín, un caso de leyenda", *Puerto Rico Ilustrado* (1932), págs. 8-9 y 18.

15. Díaz del Caney, *op. cit.*, pág.8.
16. "Editorial de Luis Muñoz Marín", *La Linterna*, sf.
17. "Editorial de Luis Muñoz Marín", en *El Nuevo Mundo (The New World)*, 27 de abril de 1929.
18. Editoriales de Luis Muñoz Marín", en *El Nuevo Mundo (The New World)*, 16 y 23 de marzo y 6, 20 y 27 de abril de 1929.
19. Ver Gonzalo F. Córdova, *Resident Commissioner Santiago Iglesias and His Times*, Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993, pág. 234.
20. "Hablando con don Luis Muñoz Marín", *El Mundo*, 22 de noviembre de 1931, págs. 1, 4, 5 y 12.
21. "Puerto Rico y el Partido Liberal: tres artículos", *La Democracia*, 10, 11 y 12 de marzo de 1932.
22. Ángela Negrón Muñoz, "Hablando con don Luis Muñoz Marín", *El Mundo*, 12 de febrero de 1933, págs. 1, 3 y 5.
23. *Ibid.*
24. Ángela Negrón Muñoz, "Hablando con don Luis Muñoz Marín", *El Mundo*, 28 de enero de 1934, págs. 1, 5 y 10.
25. Luis Muñoz Marín, "Manifiesto a los portorriqueños", *El Mundo*, 25 de junio de 1935. págs. 1, 5 y 10.



Luis Muñoz Marín visita los campos de Puerto Rico durante
la campaña política de 1944

